

Daniel Pécaut

## Orden y Violencia

Cerec y Siglo Veintiuno editores, Bogotá, 1987

Debo confesar que comencé a leer este libro hacia fines de 1979. Entonces se titulaba *La clase obrera en Colombia: Política y violencia* Y solo hasta ahora pude terminar de leerlo, no porque yo sea demasiado lento en el oficio sino sencillamente porque en este intervalo el libro no había dejado de hacerse.

Parecería como si el profesor Pécaut hubiera estado esperando un cierto desenlace para escribir su epílogo. Para regocijo de sus lectores, que habrán de ser muchos, pero probablemente todavía a su pesar, decidió ponerle punto final bajo este nuevo título *orden y violencia*. Y lo hizo en un momento en que comenzaba nuevamente a desdoblarse el horizonte de su objeto de investigación, es decir, cuando se descubría que en los hechos el tema no tiene epílogo posible.

Subrayo este hecho, porque se trata no solo de un admirable perfeccionismo de Pécaut, que lo ha llevado a que cada frase, cada párrafo, cada página hayan estado sometidos a un ininterrumpido proceso de reelaboración y actualización, sino porque se trata, además, de una experiencia probablemente más general que encuentra aquí su punto límite.

Buena parte de quienes comenzamos hace diez o quince años a incursionar en el tema de la Violencia, sin ignorar por supuesto las repercusiones actuales del fenómeno, lo percibíamos y lo abordábamos primordialmente como un campo específico de reflexión histórica perfectamente determinable. Al concluir nuestras investigaciones, y sin haberlo advertido hasta entonces, nos encontrábamos con que solo habíamos escrito la introducción al análisis del momento actual. En ningún otro campo de reflexión, el pasado ha tenido tanta fuerza de presente,

o el presente, si se quiere, tanta fuerza de pasado.

Obviamente, quiero ser bien interpretado respecto del sentido y alcances que le estoy dando al término "introducción", cuando me refiero al texto de Pécaut que a mi modo de ver constituye nada menos que una de las visiones más completas e integrales de la historia colombiana de los siglos XIX y XX. Lo que quiero destacar es que el objeto de investigación se nos volvió interminable y quedamos dialógicamente atados a él, como el país a sus consecuencias. Todos sabemos hoy cuánto nos cuesta, individual o colectivamente, desprendemos de él.

De hecho, la complejidad y extraordinaria riqueza fáctica y conceptual del libro de Pécaut invitan a múltiples lecturas simultáneas y paralelas y a interesantes reflexiones externas al texto mismo. Voy a intentar trazar las líneas centrales de algunas de ellas.

Cuando nos abre el panorama del siglo XIX, nos introduce afirmativamente a problemáticas más o menos compartidas con otros países latinoamericanos, tales como la de nuestros modos de inserción en el sistema capitalista mundial bajo el apremio del dilema: civilización o barbarie; la de la formación del Estado-nación; la de la crisis oligárquica; la de los mecanismos de institución de lo social y lo político, etcétera. Pero al mismo tiempo que nos introduce en esta lectura de afirmaciones, nos va llevando a otra de negaciones, según la cual ni la temática de los modelos de exportación, ni la de la dependencia, ni la de los populismos, ni la de las dictaduras militares y mucho menos la de las revoluciones podrían dar cuenta de la singularidad del caso colombiano. Nos encontramos así de repente en el punto estratégico del libro y de la historia política nacional: la violencia.

La violencia, no como hecho social o como mecanismo de resolver los conflictos, sino como período histórico significó un corte tan radicalmente diferenciador que acentuó un cierto espíritu de introversión del país en muchos niveles. En el plano cultural, por ejemplo, nos dejó por fuera de las grandes discusiones latinoamericanas y particularmente de los intentos de construcción de modelos de desarrollo social y político que animaron los debates de los más prestigiosos centros universitarios y de investigación del subcontinente en las décadas del sesenta y setenta. Visto así, nuestro aislamiento intelectual no es el producto de un caprichoso localismo.

Esta singularidad espantó por mucho tiempo a los investigadores extranjeros, entre otros al notable historiador de la Revolución Mexicana, John V/omack, quien nos visitó a mediados de los años sesentas, antes de que se decidiera por el país de Zapata y no por el de "Chispas", del cual según sus palabras no entendió nada.

Esta singularidad es también en parte responsable, quizás, del relativo retraso de la sociología colombiana. El análisis de la singularidad se le fue dejando paulatinamente a quienes se supone profesionalmente más aptos para captarla: los historiadores. Estos últimos, y en particular los que se han dedicado a la historia contemporánea han gozado en la última década de un sobredimensionado poder de opinión y de una audiencia universitaria que sorprende a los colegas latinoamericanos, europeos y norteamericanos. El desarrollo específico, singular, colombiano nos ha hecho relativamente fuertes para la historia y débiles, tal vez demasiado débiles, para la sociología y el análisis comparado.

Desde luego, no estoy postulando aquí —lejos de ello— un privilegio o

una frontera infranqueable entre estas disciplinas. Por el contrario, estoy de lado de quienes piensan que la historización de la sociología y la sociologización de la historia constituyen no solo una meta deseable sino una de las tendencias más fructíferas del desarrollo contemporáneo de nuestras disciplinas. De hecho, muchas de las más creativas aproximaciones a la violencia, catalogadas como históricas, provienen de investigadores que teniendo una formación básica de antropólogos, sociólogos o polítólogos han mostrado una particular sensibilidad histórica. Más aún: una de las contribuciones más sugestivas de Pécaut, sociólogo de formación precisamente, es la de mostramos cómo el proceso político colombiano puede estar dando cabida a una inversión de estas tendencias. Y lo hace, creo yo, con una tesis que resulta a la vez inesperada e impactante.

Hoy por hoy, según Pécaut, Colombia estaría pasando de ser un "caso singular" a un caso ejemplar. Este tránsito pone de manifiesto una especie de tensión y desgarramiento histórico que podría formularse en los siguientes términos: mientras, por un lado, seguimos haciendo parte de una democracia decimonónica, apoyada en una separación partidista insuperable, que constituye el inconsciente partidista, el inconsciente colectivo de los colombianos, por el otro lado, estaríamos aproximándonos al siglo XXI con un nuevo rol: el de paradigma, no envidiable, de las nuevas formas de violencia que amenazan el futuro de América Latina.

A riesgo de sacar conclusiones abusivas de los planteamientos de Pécaut, podría decirse que teóricamente esta eventual colombianización del proceso político latinoamericano tendría un doble efecto: uno, el de que el país podría convertirse en un forzoso escenario de reflexión sociológica y político-lógica para quienes quieran adivinar el porvenir del subcontinente, y dos, que en un futuro próximo pudiéramos quedar reducidos a la condición de laboratorio de las nuevas estrategias de contención social, incluida la guerra sucia.

Lo que hasta aquí hemos venido señalando correspondería a lo que simplificando las cosas pudiéramos llamar una lectura dinámica del texto de Pécaut y de nuestra historia contemporánea. Podría ensayarse una perspectiva diferente y destacar, en cambio, el carácter repetitivo e inmóvil de la violencia, el carácter consustancial de la violencia a nuestro proceso político, compatible incluso con ciertas representaciones democráticas.

En este sentido y dentro de una versión trágica del mito del eterno retorno, parecería como si las descripciones o caracterizaciones del pasado que se nos ofrecen en estos dos volúmenes fueran una anticipación inexorable de un futuro ya definido. Entramos así en el terreno de las recurrencias. En el plano político, primero, nos encontramos ciertamente con actores distintos pero nos estaríamos aproximando a dilemas similares: el país de los años cuarentas, en los límites de la insurrección popular y el

compromiso partidista, el de hoy debatiéndose entre la guerra y la paz negociada. En el orden de los ritos y las representaciones, luego, las calles y las plazas públicas erigiéndose progresivamente, tanto ayer como hoy, en testigos mudos de manifestaciones por la paz y marchas del silencio, en las cuales la movilización social y política recobra su unidad en el último elemento irreducible, el grito por la vida. Y, finalmente, en el campo de las relaciones entre los negocios y la política, los presidentes de la ANDI reservándose el insultante privilegio de pregonar que a ellos les va bien, muy bien, aunque al país le vaya mal.

Escuchemos: en diciembre de 1949, cuando el país ya está en llamas, José Gutiérrez Gómez, presidente de la ANDI: "La situación colombiana es hoy en día la mejor que se haya jamás conocido". El eco de las recientes declaraciones de Fabio Echeverri Correa todavía no se ha borrado.

Los paralelismos podrían multiplicarse. Por este camino, en todo caso, el libro de Pécaut invita más que a una lectura convencional del pasado, a una mirada del presente en el pasado.

En suma, Orden y violencia representa un asedio permanente a las múltiples temporalidades de la violencia. La violencia es pasado, es presente y ¿quién podrá negar hoy que también será futuro?

**Gonzalo Sánchez.** Historiador, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.